

EL CASTELLANO

(CON CENSURA ECLESIASTICA)

Año I.	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN TENDILLAS, 21	TOLEDO 26 DE NOVIEMBRE DE 1904	SUSCRIPCIÓN Plas. 3'00 Cts. 0'05 Número suelto, 0'05 Idem atrasado, 0'10 céntimos. PAGO ADELANTADO	Núm. 45.
--------	---	--------------------------------	--	----------

Á LOS PROPIETARIOS

Para facilitar á los propietarios de casas deshabitadas el alquiler de éstas, EL CASTELLANO publicará una lista con el precio, sitio y condiciones de las habitaciones que se alquilan.

De este modo, por muy poco dinero, sabe todo el mundo, con seguridad, sin perder tiempo, dónde encontrar habitación barata y buena.

ALMACÉN

DE
MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

VIUDA DE GUILLEN

Tornerías, 15-TOLEDO-Telefono 350

Cementos Portland, Gales hidráulicos, Baldosa de azulejos, mosaicos hidráulicos, ladrillos planos, ladrillos, maderos, maderas para aceras, patios y bodegas ó lagares.

Centenario

de Isabel la Católica.

En 19 de Septiembre de 1468, fué declarada heredera del trono de Castilla, por su hermano D. Enrique IV, en una venta que hay cerca de Ávila, llamada *Toros de Guisando*.

Á la muerte de su hermano Alfonso no quiso aceptar el Trono que le ofrecían los nobles.

Se casó en Valladolid con el Infante don Fernando de Aragón el 19 de Octubre de 1469, y fué jurada Reina de Castilla, en Segovia, el 12 de Diciembre de 1474.

El mejor elogio suyo, como mujer, está hecho con decir que los que la trataban la llamaban la *Reina Santa*.

En cuanto á su Gobierno, baste decir que llegó la Monarquía española, bajo su cetro, á un grado tal de bonanza y prosperidad, que se han necesitado cuatro siglos de desastrosos para destruir la hermosa obra que levantó de las ruinas.

Según un moderno escritor, á su advenimiento estaba así la Monarquía: «Presencia de interiores agitaciones; dominada por el vicio y la corrupción, que llegó á sujetar á su tiránico yugo todas las clases sociales; sin erario público, y perdida su importancia política, por la veledad y ligerezas de Monarcas dominados por favoritos y egostas palaciegos; falta en mucho de buena dirección religiosa y próxima á su ruina».

En tal estado de cosas, únicamente su gran talento político pudo hacer que la nacionalidad española despertara de su letargo, y reconstituyendo las fuerzas perdidas, entrara en el camino del verdadero progreso moral, preparando nuevos días de gloria y de engrandecimiento.

Sujetó á los nobles turbulentos, apoyándose en el pueblo, y á éste, administrando justicia y fomentando las artes, el comercio y la industria.

Saneó la moneda, prohibiendo su acuñación de casas particulares que tenían este privilegio.

Protegió la ciencia, rodeándose de hombres tan notables como los Cardenales de

Toledo, sus Consejeros, Cisneros y Montalvo, y dando autonomía y abundantes recursos á las Universidades.

Fomentó el comercio, quitándole trabas, suprimiendo muchos derechos de pontazgo, portazgo y pasajes, que le oprimían.

Las artes la debe casi todos sus mejores monumentos, una inmensidad de preciosísimos cuadros é innumerables joyas de todas clases que se hicieron en su tiempo y son hoy la admiración de propios y extraños; San Juan de los Reyes y la Catedral con su tesoro y ropas, son buena prueba de ello.

Por no cansar á los lectores con hechos conocidos, he de decir que sin ella, Cristóbal Colón acaso no hubiera descubierto el Nuevo Mundo, y que realizó la unidad territorial de España y murió encargando en su testamento que se hiciera la del Derecho.

Son tan grandes, tan notables é importantes los hechos de su glorioso reinado, que se necesitarían muchos libros para dar una idea de la pasmosa actividad y el mucho saber de aquella Reina que decía á sus Consejeros cuando se trataba de administrar los intereses del reino: *Yo os encargo las conciencias que miréis esos negocios como si fuesen propios, míos y de mis hijos*.

Este fué el secreto de su acierto, su amor á Dios sobre todas las cosas, y á sus súbditos como á sus hijos.

Con mucha razón dice el P. Flores hablando del sepulcro que guarda los preciosos restos de esta gran Reina: «Para su epitafio no te fatigues en discurrir elogios. Yo te daré la inscripción. En toda esa gran tabla no has de esculpir más que este:

ISABEL LA CATÓLICA.»

GABRIEL DÍAZ MAYORDOMO.

El Diamante.

No hay país alguno en el mundo civilizado, cuyos habitantes no tengan más ó menos afición á adornar el cuerpo ó los vestidos con objetos brillantes y de gran valor. Esta afición es tan antigua como la vanidad que, como saben mis lectores, se remonta á tiempos muy antiguos, y siempre ha tentado y nos tienta á todos los mortales. Hasta los mismos salvajes se sacrifican en aras de esta señora mundana, atravesándose sus narices, las orejas y aún los labios con pendientes y adornos de hueso, de madera y de marfil, á veces enormes; todo lo cual les da un aspecto horrible, y causa una dolorosa impresión pensar en los terribles sufrimientos que deben soportar estos infelices para satisfacer los necios caprichos de su loca vanidad.

En los pueblos civilizados no se cometen estas salvajes atrocidades, pero en cambio se satisfacen á dicha señora grandes cantidades de dinero que suelen acarrear la ruina de muchas familias, y también se cometen otras salvadas de peor género. Así, no es raro ver á muchas gentes civilizadas que, sin el menor escrúpulo, despojan á sus almas de la joya preciosísima de la gracia á cambio de unos pendientes, sortijas ó brazaletes de un metal más ó menos raro, y de unas piedras que los mortales llamamos «preciosas», pero que, comparadas con el valor infinito del precio que el Hijo de Dios dió por nuestras almas, no tienen ni la más ligera sombra de valor alguno. El demonio, pues, hace sus grandes negocios en este género de trampas. ¡Pobres pueblos civilizados!—Mas dejemos á un lado el aspecto moral de esta materia, para considerarla en el terreno científico.

Entre todas las piedras preciosas, la más estimada de todas, la que más se busca y por ende la que á más precio se paga es el diamante.

El diamante es una piedra transparente como el cristal, y su dureza es tal, que ningún otro cuerpo puede rayarla, si no es otro diamante. Tiene además la propiedad especial de reflejar maravillosamente los rayos de la luz, de tal manera, que brilla hasta en la misma obscuridad, después de haber estado expuesto por algún tiempo á la luz del sol.

Los sabios han hecho sus investigaciones para saber los elementos de que se componía esta piedra maravillosa.

Lavoisier, cuyo nombre figura en el vasto campo de la ciencia, demostró que este cuerpo estaba compuesto de una sola substancia llamada «carbono»; de donde resulta que el diamante no es otra cosa que carbón completamente puro. Si se quema este cuerpo, sometiénolo á una elevadísima temperatura, exhala simplemente ácido carbónico: ese gas que hace picante el champagne, las gaseosas y el agua de seltz. Un diamante de esos que están validos en algunos millones, apenas suministraría una cantidad de ácido suficiente para preparar un simple sifón de dicha agua.

El diamante se encuentra en la tierra como el oro, la plata y todos los metales. Raramente está aislado de otras materias ó cuerpos extraños, y casi siempre aparece cubierto de una corteza opaca formada de una parte muy dura en la cual suele haber fragmentos de rocas cristalizadas.

Para separar los diamantes de las materias que llevan adheridas cuando se extraen de las minas, se colocan en grandes tinas llenas de agua, se lavan después sobre unos tamices cuyos agujeros son de diferentes diámetros, y cuando la tierra y la arena han sido disueltas y arrastradas por el agua á través de los tamices, los operarios trian los diamantes ya purificados.

Existen minas de diamantes en La India, El Brasil, en El Cabo de Buena Esperanza, La Australia, América del Norte y en la Siberia. También las hay en el Transvaal. Estas últimas fueron las que excitaron la codicia y rapacidad de Inglaterra, habiendo sido la causa principal de la guerra anglo-boer.

Después de que el diamante ha quedado limpio de la envoltura terrosa que lo cubría, antes de presentarlo al comercio, se le somete á la talla, cuya operación, además de darle un gran número de facetas ó caras, le hace mucho más brillante. Esta operación, muy delicada, larga y difícil, le da una parte de su gran valor.

Ya se ha indicado anteriormente que ningún metal, por duro que sea, puede rayar el diamante. Para tallarlo, pues, hay que frotarlo con otros diamantes, y las facetas ó caras así obtenidas, se pulimentan después, pasándolas por unas muelas finas untadas de polvo de diamante y aceite de olivas.

El diamante tallado recibe el nombre de «brillante» ó de «rosa», según la forma que le ha dado el obrero artista. El diamante en rosa se diferencia del brillante en que su parte inferior, en lugar de estar tallada en facetas, está completamente plana, y, como es natural, disminuye mucho los reflejos caprichosos que en él forma la luz. Como pueden suponer, pues, mis lectores, el diamante rosa tiene mucho menos valor que el brillante, por eso no se talla ordinariamente en aquella forma, sino solamente cuando los obreros artistas se ven obligados á ello.

El precio de los diamantes varía mucho, según su peso, el cual se mide por quilates, (el quilate pesa 250 miligramos). Los diamantes brillantes de un quilate, suelen valer unas doscientas veinte pesetas el par; los de dos quilates, setecientas pesetas, y así va aumentando enormemente su precio según su grueso.

Uno de los más hermosos diamantes del mundo es el que posee el tesoro francés, llamado el Regente. Pesa ciento treinta y seis quilates, y fué pagado en tres millones ciento veinticinco mil francos. El Koh-i-noor, otro diamante que posee Inglaterra, pesa ciento tres quilates, y, como es de suponer, vale también algunos millones.

¡Cuánto dinero por una piedral! ¡Lástima grande que muchos pobres mortales vayan tan afanosos en pos de estos tesoros terrenos que tanto cuestan, y, sin embargo, nada valen comparados con los tesoros celestiales que tan fácilmente se pueden adquirir mediante las buenas obras hechas en gracia de Dios! Semejante á las incautas alondras que, alucinadas por el resplandor de los espejuelos, son víctimas de los astutos cazadores que

dan al traste con sus vidas, así también muchas almas incautas, atraídas por el falso brillo de los tesoros terrenos, son víctimas de la astucia del cazador infernal que las lleva engañadas á la muerte eterna.

A. L. SANTO.

SANEAMIENTO DE LA MONEDA

Estos días en el Congreso se vuelven locos buscando el medio de sanear la moneda, cosa sumamente fácil, para la que tengo un remedio infalible, que con el debido respeto, expondré al Sr. Ministro de Hacienda por si pasa, pues en esto de la moneda el que pase ó no, es la gran cuestión, no vaya á suceder aquí lo que á la beata del cuento....

Mis títulos en el asunto son indiscutibles. Mi tío decía siempre que veía á mi padre darne dinero: Sí, sí, ya verás qué pronto le da el aire, y ustedes comprenderán que en esto del saneamiento, la higiene, los aires puros son lo primero.

No sé cómo me arreglo, que hago correr al dinero que es un gusto; es decir, si lo sé, pero no lo quiero decir hasta que me pongan en posesión de la moneda que haya que sanear.

No es que me suceda lo que á aquel poeta que nació en la Casa de la Moneda y en su vida tuvo un céntimo; pero no podría hacer lo que Espronceda que llegó á Lisboa y al ver que no tenía más que dos pesetas las arrojó al mar.

No podría yo tener ese arrojo, precisamente, por estar en parecida situación á la de aquel cesante que oía relatar un duelo en el que uno de los desafiados se tiró á fondo con el florete, dando á su adversario en el bolsillo del chaleco —¿Y no lo mató?—No señor, le respondieron, porque tenía un duro en el bolsillo.—Pues sí es á mí, me atraviesa de parte á parte, contestó el pobrete.

Sin ser cazador, poseo siete perros entre grandes y chicos pero están tan débiles, que una taza de café ó una cajetilla de tabaco acaba con ellos y.... échelos usted un galgo.

Que es necesario sanear la moneda no necesita demostración, ¿dónde vamos á parar sin salud? Pero señor, que mal padecerá la moneda? Veamos: Los centimillos, cualquier cosa, son tan pequeños, que la más pequeña coqueluch acaba con ellos, pero se curan seguramente con agua de almidón, que se vende en cualquier Lonja.

Los perros chicos deben tener el *moguillo*. Los grandes *congestión*, por eso los llaman perros gordos.

Las medias pesetas, que se van de punto. ¡Claro como son medias!

La peseta, mareos.... ¿No han oído ustedes lo de cambiar la peseta?

Las dos pesetas, el mal de los casados, aburrimiento. Un amigo mío pagó con esta moneda una botella de cerveza, y le dijo el mozo: Señorito son falsas.—¿Las dos, preguntó mi amigo?—Sí señor, vea usted cómo sueñan muy mal.—¿Pero oye qué has creído tú que dos pesetas son un violín?

El duro padece de plétora, tiene cinco pesetas y le pasa lo que al que tiene cinco hijas, que no quiere tener más.

De las monedas de oro no hablemos, hasta se asegura que las hay; si esto es verdad, deben estar bien en otros climas, y hasta que no padezcan de *nostalgia ó spleen*, no tendremos el gusto de saludarlas.

Entonces hablaremos, mientras tanto no conozco al Rey por la moneda....

Buena manera de curar la moneda sería suprimirla; esto encaja perfectamente en la igualdad de aquel descamisado de *La Marsellesa*, que canta:

Si yo no tengo nada,
que nadie tenga más.

Y en la *fraternidad*, porque leo á cada momento en los periódicos: «Fulano de Tal se alzó con los fondos». Nada de alzamientos de ninguna clase sin moneda, créanlo ustedes....